

el único quizás á quien temia! ¡El conde, que le había dicho con tono amenazador: «¡Nos volveremos á ver!»

¡Iban á volverse á ver, en efecto!

XXII

Ante el tribunal.

Días antes de comparecer Margarita ante sus jueces, la opinión la consideraba como una víctima que se había vengado de injustas persecuciones. ¿Cómo se operó en la opinión este fenómeno?

Por rumores cuyo origen no se conocía, y que habían sido habilmente lanzados por Mr. Godet, que hacía su visita cotidiana á Bourges, y por Bruno, que comentaba los sucesos en sentido desfavorable á su amo con frases incompletas, con reticencias é insinuaciones ambiguas.

Pero, por lo demás, nadie podía augurar cual fuese el desenlace, la palabra final de aquel asunto.

Se conocía la acusación; pero nadie sabía cuales eran los medios de defensa, porque los defensores permanecían impenetrables.

A las doce fué Margarita Souvray conducida ante el tribunal, siendo acogida con murmullos de simpatía por la concurrencia que llenaba materialmente el gran salón de siones y entre la que se hallaban representaciones de todas las clases, desde la más linajuda aristocracia hasta el más modesto artesano,

Margarita, con su traje de luto y con la misma sencillez que estaba en el palacio de Maillepré y en su celda, pálida, con la vista baja, estaba hermosa como siempre.

El presidente la contempló un instante con verdadera admiración.

Después cambió una mirada con su amigo Dubronier, quien parecía decirle con una sonrisa casi imperceptible:

—Ya os lo había advertido.

—Aproximaos—dijo el presidente á la acusada, con una voz dulce que debía infundir la esperanza en aquel ánimo abatido.

Margarita dió algunos pasos hacia la mesa presidencial.

—¿Os llamáis Margarita María Souvray?

—Sí, señor.

—¿Habéis nacido en Clermont-Oise?

—Sí, señor.

—Vuestro padre era teniente coronel de caballería?

—Sí, señor.

—Bien: podéis sentaros. Se va á leer el acta de acusación.

El ministerio público estaba representado por un joven rubio, de aspecto frío y dotado de esa malicia tan común entre los representantes de esa fuerza pública llamada justicia. Parecía más preocupado con sus manos, muy bien cuidadas, y que ponía en evidencia cuanto le era posible, y del arreglo de su traje, que del voluminoso legajo que tenía delante y que de vez en cuando hojeaba negligentemente. Algunas veces dirigía una mirada hasta cierto punto desdeñosa

hacia el banco de la defensa, y hablaba con el juez de instrucción, que estaba detrás de él, pudiéndose juzgar por su actitud y el movimiento de sus labios que debía decir á M. Tabouret algo parecido á esto:

—¡Ya veréis como los pulverizamos!

Este personaje de maneras distinguidas, amado por las mujeres, afeminado á su vez, satisfecho y seguro de sí mismo, era Luis Rupert, abogado general, el orador más temido, el más elegante y el más retórico que se había conocido allí desde hacía muchos años.

Su desdén era hasta cierto punto natural, porque el banco de la defensa estaba poco provisto de papeles. Aparte de algunos originales de citas colocados delante de M. Seguin, viejo abogado que servía de asesor al conde de Meillant, no había ni un solo documento delante de este, que era el verdadero defensor, á quien el abogado general miraba con la misma compasión que se experimentaría por un combatiente incapaz de resistir el primer ataque de su adversario.

Sin embargo, Pedro de Meillant aparecía tranquilo, sonriente, satisfecho por la discreta ovación que el público acababa de hacer á la joven, tan diferente en su aspecto y figura de las criminales que de ordinario ocupan el banquillo.

Mientras que el escribano leía con voz temblorosa la extensa acta de acusación, él apenas escuchaba, á pesar de ser aquello un formidable ariete, que debía cambiar poco á poco contra la acusada la favorable impre-

sión producida por su presencia entre los jurados y el público.

Singularmente un punto del acta tuvo el privilegio de producir un movimiento de horror y reprobación en la sala al abordar la cuestión del odioso registro en que se encontraba el nombre, ántes honrado, del coronel Souvray. En un período melodramático, M. Tabouret, principal autor de aquel interesante escrito, declaraba que Margarita había arrastrado por el cieno el nombre de un valiente oficial francés.

Después, el relato de la intrusión en la casa de la duquesa de Maillepré con un nombre supuesto, provocó otro murmullo de hostilidad. Todo podía explicarse tal vez, menos aquellos dos hechos: la caída en el vicio y la mentira de Maillepré, ¿quién sería capaz de justificarlos?

Los abogados que asistían por curiosidad á la vista, se volvieron hacia el improvisado defensor, como preguntándole qué podría decir contra aquellas pruebas abrumadoras, contra aquella obra de mano maestra debida al experto, al implacable Tabouret.

El presidente comenzó el interrogatorio.

—¿Habéis escuchado el acta de acusación? —dijo á Margarita.—¿Comprendéis toda su gravedad?

Ella se inclinó:

El hecho en sí no puede ser más claro. Estáis acusada y convicta de haber herido en su propia casa al prefecto de Cher, M. Roland Beroult de Serigné, en la noche del 9 al 10 de setiembre. ¿Lo habéis confesado?

—Sí, señor presidente.

—¿Lo confesais todavía?

—Sí, señor presidente.

—Existe, pues, tentativa de asesinato que quizás resulte consumado, puesto que los médicos no responden de la curación de vuestra víctima: vuestra intención en todo caso, ¿ha sido matar al prefecto?

—Ignoraba cuál sería la gravedad de la herida. Creí, efectivamente, haber muerto á M. Beroult.

—Habeis procedido con premeditación: esto es incontestable. ¿Cuándo tomásteis de la habitación de M. Godet el arma de que os servisteis?

—Momentos antes de salir de Maillepré...

—¿No fué en la noche del contrato de boda de la ahijada de la duquesa y de M. de Serigné.

—En efecto, M. Godet tiene su habitación en el piso bajo, en el pabellón del Mediodía; no había nadie en ella. Abandoné un instante el salón en donde todos estaban reunidos, y me deslicé en el despacho de M. Godet. Cogí una de las armas de la colección, la que me pareció más fácil de ocultar.

—¿Estabais decidida á herir al prefecto?

—Tal vez... Quería, al menos, tener un arma para defenderme... no pensaba en otra cosa.

—¿Para defenderos decís? Se trataba de una cita de amor que se os dió ó que ofrecisteis; ¿para qué las armas?

—Podía ser una cita de amor para M. Be-

roult... Para mi era una entrevista de otro género.

—Los jurados apreciarán. Considero inútil insistir en vuestros antecedentes, consignados con tanta precisión en el acta y fundados sobre pruebas tan incontestables, que vacilo en someteros á la vergüenza de un interrogatorio sobre el particular, á menos que lo exijáis ó la defensa lo pida.

—Os lo suplico, señor presidente—dijo Pedro de Meillant.

—Abordaré, pues, este asunto para que no quede duda de ningún género á los señores jurados. Después de la muerte de vuestro padre ¿quedasteis sin recursos?

—Sí, señor presidente.

—Fuisteis á París, y para procuraros esos recursos hicisteis cosas que motivaron la intervención de la policía. ¿Qué contestáis?

—Yo no era culpable... Nada tengo por qué acusarme.

—Eso es fácil de decir... Sin embargo, está probado que os detuvieron en el boulevard Clichy, en una leva de gentes perdidas; que fuisteis conducida al depósito é interrogada al día siguiente... ¿Lo reconocéis?

—Es exacto; pero yo era víctima de una trama infame, y repito que no tenía ninguna falta de qué acusarme.

—Eso es lo que vamos á ver. El inspector de policía que os interrogó tuvo que enviaros á San Lázaro. ¿Creeis que se encarcela á los inocentes?

—Lo creo, puesto que á mi me ha sucedido.

—Admitámoslo por un instante. Pero hay un hecho categórico que no necesita pruebas: tres días después pusisteis vuestra firma en un registro, en donde todavía existe. No ignorais lo que contiene este registro... los nombres de las mujeres perdidas de París: es algo así como el anuario del crimen. Vuestro nombre está allí, de vuestro puño y letra. ¿Lo negais?

—No, señor presidente—contestó Margarita, bajando la cabeza.

El abogado general se volvió hacia el juez de instrucción y cambió con él una mirada de júbilo.

Tabouret triunfaba. La confesión de aquella falta era de un efecto desastroso para la acusada.

Los jurados, descontentos, se miraban entre sí. Uno de ellos preguntó:

—¿Está bien probado ese punto?

—¿Cómo podía refutarse?—replicó el abogado general.

Entonces Margarita, reponiéndose, exclamó con energía:

—Yo explicaré después cómo y con qué objeto se me obligó á poner esa firma.

Estas palabras devolvieron el valor á sus partidarios.

El abogado general se inclinó hacia Tabouret diciéndole:

—¿No os parece que el presidente derrocha hoy mucha indulgencia?

En efecto, M. Rivard trataba á la acusada como no se le había visto hasta entonces tratar á ningún reo. ¿A dónde se iría á pa-

rar si la justicia andaba en cortesías con los criminales?

El presidente continuó:

—Llegamos á la guerra. ¿Entrásteis en las ambulancias?

—Sí, señor presidente.

—¿Con qué nombre?

—No me atrevía á llevar el de mi padre, antes tan honrado: me inscribí con el de mi madre: Margarita Forestier.

—Sigamos. Durante la guerra, conocísteis al marqués de Lignerés.

—M. de Lignerés habia sido herido, y yo le asistí en la Chapelle-aux-Ifs, en el Franco-Condado.

—Es exacto, según la declaración del marqués, que hace justicia á vuestro valor y entusiasmo. ¿Cómo fuisteis allí?

—Había habido allí un combate, al hacer la retirada hacia Suiza el ejército del Este: faltaron enfermeras y las pidieron á Ornans, de donde fuimos otra joven y yo.

—¿No se llamaba esa joven María Magdalena?

—Sí, señor.

—¿No recibió una carta de la señora de Maillepré, llamándola á su lado y prometiéndole su protección, según ha declarado la misma duquesa? ¿Tuvisteis noticia de esta carta?

—Sí, señor.

—¿No fué entonces cuando murió María Magdalena?

—Sí, señor presidente.

—¿Cómo?

—Herida por los proyectiles prusianos.
—Se comprende lo que sucedió entonces. Quedásteis sola... Aquella desgracia os sugirió la idea de reemplazar á vuestra amiga cerca de la duquesa... ¿no es eso?...

—No. En la situación en que nos hallábamos había que esperarlo todo. Mi amiga, en previsión de una catástrofe, me dió una carta recomendándome á la señora de Maillepré; pero repugnándome recurrir á la caridad de esta señora, á quien no conocía, volví á París estando aún convaleciente de una enfermedad, para vivir de mi trabajo. No contaba con M. Beroult, que era más poderoso que nunca, y me hizo perder la colocación que había encontrado... Me obligaron á ir á la prefectura de policía, y allí él me propuso un arreglo. Me dijo que se iba á casar con una joven inmensamente rica, para conseguir su fortuna, pero sin amarla... Esta joven sería su mujer; yo, su querida... ó resignarme á ser perseguida siempre con encarnizamiento. Entonces hui.

—¿Y fuisteis á Maillepré con nombre supuesto?

—Cuando llegué no me atrevía á presentarme, temiendo que conociesen mi inmerecida deshonra. M. Godet me vió en la avenida de árboles que conduce al palacio, y se aproximó á mí, creyendo que yo era María Magdalena, á quien él no conocía y á la que esperaba hacía tiempo. Procuré tímidamente desengañarle, y como se obstinaba en su error, no osé insistir por el momento, proponiéndome hacerlo más tarde: fué una de-

bilidad de la que me he arrepentido amargamente.

—Los señores jurados apreciarán. Estos no son más que simples pormenores. Vengamos á la causa de vuestro crimen. La acusación pretende que en Maillepré apelasteis á todos los recursos para haceros amar por el marqués de Lignerés, que se había prendado de vos cuando le cuidasteis en aquella aldea del Franco Condado que acabais de nombrar. ¿Os lo dejó entender él entonces?

—No, señor.

—Sin embargo, él hizo grandes esfuerzos por conocer vuestro nombre, y no se lo dijisteis, limitándoos á darle esta respuesta evasiva: «Yo me llamo la Caridad». ¿Es esto exacto?

—Sí, señor.

Se notó en el auditorio un ligero movimiento revelador de que la acusada volvía á ganar las simpatías de la concurrencia, hecho á que no fué del todo ajena la actitud del presidente, que interrogaba con una dulzura y una paciencia parecidas á la parcialidad.

El abogado general se volvió nuevamente hacia el juez de instrucción, diciéndole en voz baja:

—¡Esto es un escándalo! ¿Si irá á enamorarse de ella también?

Más tarde el presidente confesó á su amigo Dubronier que esta benevolencia era involuntaria, que no podía apartar sus ojos de los magníficos ojos de la acusada, y que notaba en ellos tanta lealtad, tanta pureza,

tanta virtud, en una palabra, que á pesar de todas las apariencias, no podía resolverse á considerarla culpable.

El presidente continuó:

—¿Por qué os negasteis á dar vuestro nombre al marqués de Lignerés?

Ella respondió con amargura:

—Porque no me atrevía á pronunciarlo desde que había sido ultrajado por una maniobra tan indigna, que me reducía á no desear más que el silencio y el olvido.

—¿Y por eso tomasteis en casa de la señora de Maillepré el nombre de otra?

—No lo tomé... Lo acepté cuando M. Godet me lo dió... No creí hacer mal; después de todo, yo aceptaba un presente bien pobre, pues María Magdalena era una desgraciada como yo, desesperada, sin padre, sin familia... ¿Era esto un crimen?

—¡Tiene razón!—gritó una voz cascada, voz de viejo, salida de entre el público que ocupaba el fondo del salón.

El presidente se disponía á pronunciar la frase tradicional: «Si se producen manifestaciones hostiles ó favorables á la acusada, mandaré desalojar;» pero su enojo se aplacó súbitamente y todo concluyó por un gesto invitando al perturbador á callarse: acababa de reconocer á su amigo Godet, que se dirigía hacia el banco de los abogados, abriéndose camino muy trabajosamente por entre la multitud.

—El presidente emplea una increíble blandura—dijo Tabouret al abogado general.

—Hay que creer que se ha propuesto comprometer el éxito,—añadió Rupert.

M. Rivard continuó su interrogatorio.

—¿Sabiais que el marqués de Lignerés debía encontrarse en Maillepré?

—Lo ignoraba.

—¿De modo que vuestro encuentro allí, según vos, fué una cosa fortuita?

—Y debo añadir que me contrarió mucho.

—¿Por qué?

—Porque yo deseaba solo vivir retirada, ignorada, desconocida, y preveía dificultades á consecuencia de la casualidad que nos reunía.

Margarita, turbada al principio, recobrabá poco á poco la posesión de sí misma, conociendo que se ventilaban allí su porvenir, su honor y su libertad, y también el honor del nombre de Souvray, que ella debía defender. Quería salir pura y rehabilitada en aquella prueba. Además, las miradas del conde de Meillant, hacia el cual se volvía de vez en cuando, le infundían un valor y una seguridad que sin él no hubiese tenido. Había recordado muchas veces en su prision las palabras de Roland Beroult en el pabellón del parque: «El conde sabría defenderos.»

Efectivamente, Meillant estaba allí defendiéndola con todas sus fuerzas.

M. Godet había conseguido al fin atravesar el muro viviente del que salían murmullos favorables á la acusada, colocándose al lado de su amigo Pedro de Meillant.

El presidente hizo cesar aquel murmullo

con un gesto casi paternal y continuó:

—Ya fuese este encuentro meramente casual ó previsto, no es menos cierto que desde su llegada á Maillepré, el antiguo oficial no tardó en hablaros de amor, proponiéndooos en seguida el matrimonio.

—Evitaba cuanto podía su presencia, pero era imposible evitarla siempre.

—Para vencer vuestra resistencia recurrió á las personas que os rodeaban, especialmente á la duquesa de Maillepré.

—Efectivamente, la señora duquesa intercedió á favor de él, solo por bondad... Yo rehusé... y para conseguir algún reposo, pedí un plazo de un mes para reflexionar.

—Así lo ha declarado la señora de Maillepré... Pero desde este instante vuestro matrimonio con el marqués se daba como cosa hecha.

—Yo no podía impedir á nadie que lo creyese así, pero nada hice para que se creyera.

—M. de Serigné apareció entretanto, y este fué un golpe inesperado para vos.

—No lo oculto. Por causa de él había abandonado á París, perdido mi colocación, sin contar otros agravios.

—Vuestro carácter cambió y os volvistéis sombría y preocupada. La acusación se explica fácilmente este cambio, porque conociendo el prefecto vuestro pasado, podía hablar, debía hacerlo sin duda, y esto era la muerte de vuestras esperanzas. M. de Lignerés os abrumaba con sus súplicas y un día le prometisteis casaros con él.

—Sabía que iban á ocurrir cosas graves... estaba loca...

—Queréis decir que ibais á estar irremediablemente perdida, arrojada de aquella casa en donde entrasteis merced á un subterfugio indigno, á una superchería criminal...

Margarita miró fijamente al presidente y dijo moviendo la cabeza:

—No, señor; pero había tomado una resolución que me ponía fuera de mí.

—¿Cuál?

—La de matar á M. Beroult.

—¿Lo confesais, pues?

—¿Lo he negado nunca?—dijo con energía, produciendo una sensación de terror en la sala.

La fisonomía de la hija del coronel expresaba en aquel instante tal odio, que sus más ardientes partidarios temieron que comprometiera irremediablemente su causa.

M. Godet, en el colmo de la emoción, tocó á Pedro Meillant en el brazo.

—No temais nada—le dijo su amigo.

—Yo necesitaba apoyo, consuelos... Conmovida por las súplicas del marqués de Lignerés, le dije entonces que sería su esposa si conservaba entera fé en mí y no retiraba antes de un mes su palabra, cualesquiera que fuesen las apariencias.

—¿Qué sucedió?

—¡Ah! Previa que su confianza sólo duraría algunas horas, y no me engañaba. Cuando volví de Bourges, M. Lignerés, avisado no sé por quién, me esperaba en la puerta

del parque. Sucedió lo que había yo previsto. Las apariencias me acusaban... M. de Lignerres me condenó sin quererme escuchar... ¿Qué había de hacer?

—Conocéis el sistema de la acusación, y no os ocultaré que es lógico. Deseabais casaros con M. de Lignerres, que os llevaba, con un nombre ilustre, una gran fortuna; M. de Serigné os amenazó con divulgar vuestros antecedentes; visteis con esto trastornarse vuestros planes, y para obtener su silencio le disteis una cita... Los hombres son débiles... accesibles á la tentación...—continuó el presidente medio sonriendo;—aceptó, y ya se sabe lo que pasó. Contabais con la impunidad; pero os hicieron traición detalles que no previsteis. ¿Qué tenéis que responder?

—Que ese sistema de la acusación es falso, inventado por el juez en contradicción con la verdad.

—Es posible; pero en ese caso debéis oponerle otro, dar vuestras razones; en una palabra, confesar sinceramente toda la verdad. ¿Por qué os habéis resistido hasta ahora?

Margarita Souvray, volviéndose entonces hacia los jurados, dijo:

—Porque quería la luz completa, el juicio de hombres honrados, imparciales y justos, y esperaba hallarme ante ellos.

El abogado general se levantó, gritando: —¡Eso es un insulto á la justicia!

En aquel instante, un hombre de cara biliosa, que se sentaba entre los jurados, se agitó en su asiento, manifestando viva impaciencia.

M. Seguin, el viejo abogado que asesoraba á Pedro de Meillant, dijo á éste:

—He ahí á Landuret, que va á hacer una de las suyas. Es un manojo de nervios.

Aquel paquete de nervios, comerciante muy estimado en Bourges, se levantó y dijo:

—Señor presidente, os ruego que permitáis á la acusada explicarse con toda libertad...

Y al decir esto lanzaba una mirada de desafío al abogado general.

Margarita continuó con un tono que dió frío á M. Tabouret:

—Hoy voy á decirlo todo, y no saldrá de mis labios una palabra que no sea la verdad.

Y extendiendo la mano hacia el crucifijo con un gesto majestuoso, se expresó así:

—He matado ó querido matar á M. Roland Beroult porque nos robó nuestra fortuna, aprovechando los últimos momentos y la debilidad de mi padre, cuya muerte precipitó sin duda; le he herido porque á consecuencia de su crimen, mi pobre hermana Luisa hubiera muerto abandonada y sin socorro si un hombre generoso no la hubiera asistido en su última hora; porque me ha deshonrado, envilecido y arrastrado por el fango el nombre de mi padre, el coronel Souvray; porque, no contento con el mal que me ha hecho, me quería obligar á ser su querida, prometiéndome en cambio su silencio, y sobre todo porque realizando esta justicia salvaba de la infamia de ser su mujer á una joven á quien la señora de Maillepré ama

tiernamente, y así le pagaba la deuda de gratitud que tengo contraída con ella. La cita á que acudí la noche del 9 al 10 de setiembre no la solicité yo, me la impuso él... Me habéis pedido la verdad, y esta es la verdad. Lo juro.

Este juramento resonó como un trueno, y después se produjo un silencio de muerte.

M. Tabouret gesticulaba con gran energía, hablando con el abogado general, el cual se levantó para decir:

—Eso es una calumnia. La acusada, no satisfecha con una tentativa de asesinato que no ha realizado por una circunstancia independiente de su voluntad, pretende deshonorar al hombre que ha puesto al borde de la tumba. Entre la afirmación de un delincuente y la de un hombre como el prefecto del Cher no cabe la duda.

El presidente puso término á aquel flujo de elocuencia.

—¿No tenéis más que decir?—preguntó á la acusada.

—No, señor.

—¿Tenéis que dirigir preguntas á la acusada?—dijo, dirigiéndose al ministerio público y al defensor.

El abogado general hizo con la cabeza un signo negativo.

Pedro de Meillant le imitó, pero sonriendo, y provocando en M. Tabouret, oculto detrás de M. Rupert, tal impresión, que le hizo agitarse como un epiléptico.

El abogado general, por el contrario, aparecía tranquilo.

El presidente anunció que iba á procederse á la prueba, y comenzaron á desfilar los testigos.

Los de la acusación eran pocos: no se consideraban necesarios muchos después de la confesión de la acusada y de las pruebas de convicción.

El principal de estos testigos, el prefecto, la víctima, se hallaba imposibilitado para comparecer.

El médico forense explicó brevemente, en términos técnicos, la gravedad de la herida, que según él no había concluido con la vida del prefecto por un milagro, y sobre cuya completa curación no se atrevía á afirmar nada categóricamente.

El ministerio público se dió por satisfecho con las declaraciones de la duquesa y de M. de Lignerres, evitándoles la molestia de comparecer, no por benevolencia, sino por temor de que sus declaraciones favoreciesen á la acusada.

Después de algunas declaraciones sin importancia, que confirmaban la acusación, y de desfilar los criados de Maillepré, atestiguando que la joven era conocida en el palacio con el nombre de María Magdalena, se dió por terminada la prueba de cargo y fueron llamados los testigos de la defensa.

Entonces se produjo un cambio completo en la actitud del conde Pedro de Meillant.

La irradiación de sus pupilas; la altivez con que irguió su cabeza, hasta entonces inclinada en actitud meditabunda; el renacimiento, por decirlo así, de todo su ser, en-